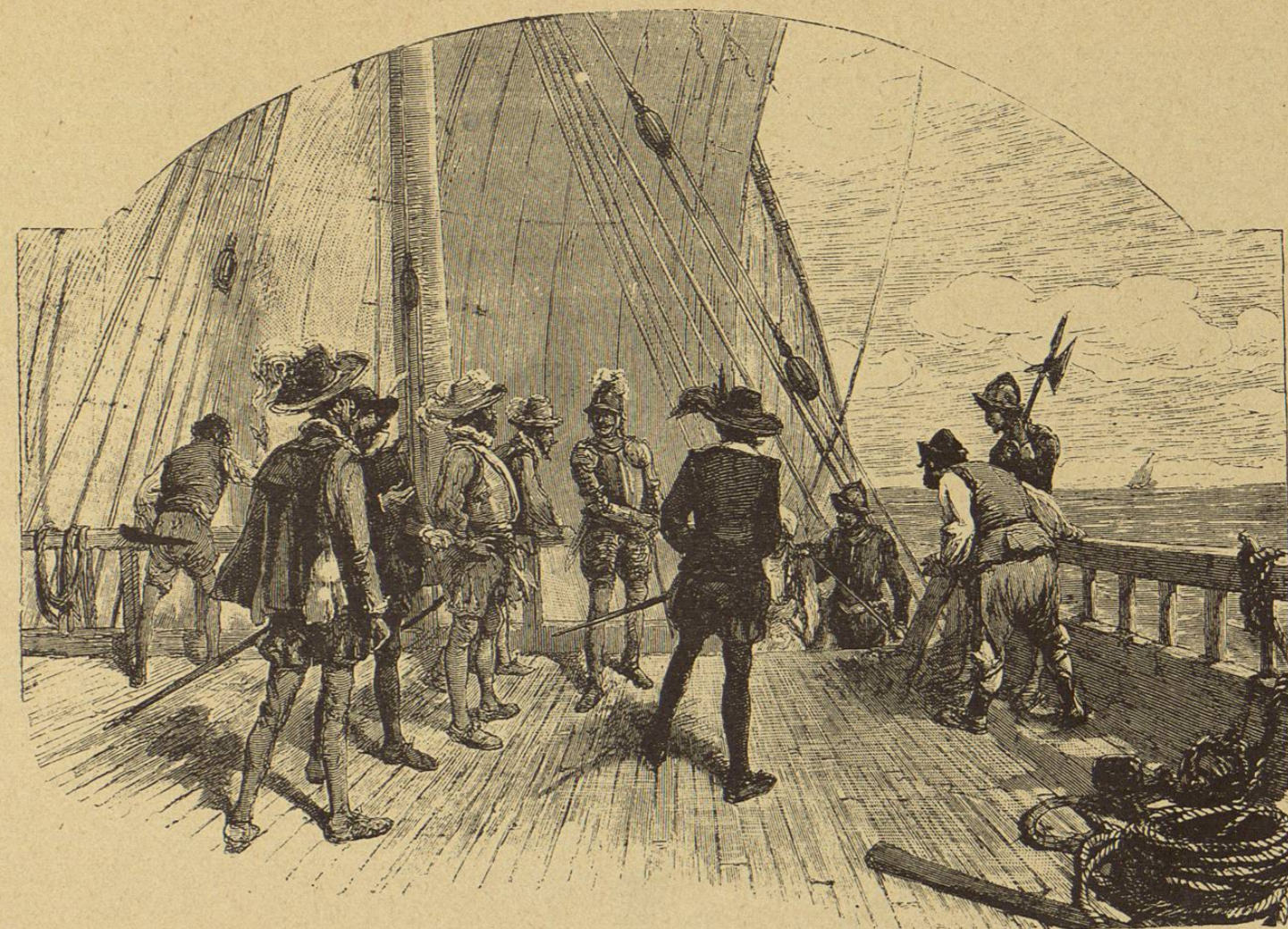




Dime tú el que respondes, fué verdad ó fué sueño.



CAPÍTULO LXIII.

De lo mal que le vino á Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa morisca.

GRANDES eran los discursos que Don Quijote hacía sobre las respuestas de la encantada cabeza, sin que ninguno de ellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que él tuvo por cierta, del desencanto de Dulcinea. Allí iba y venía y se alegraba entre sí mismo, creyendo que había de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecía el ser gobernador, como queda dicho, todavía deseaba volver á mandar y á ser obedecido: que esta mala ventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas.

En resolución, aquella tarde Don Antonio Moreno, su huésped y sus dos amigos, con Don Quijote y Sancho, fueron á las galeras. El cuatrabo, que estaba avisado de su buena venida, por ver á los dos tan famosos Quijote y Sancho, apenas llegaron á la marina cuando todas las galeras abatieron tienda, y sonaron las chirimías: arrojaron luego el esquife al agua cubierto de ricos tapetes y de almohadas de terciopelo carmesí, y en poniendo que puso los pies en él Don Quijote, disparó la capitana el cañón de crujía, y las otras galeras hicieron lo mismo, y al subir Don Quijote por la escala derecha toda la chusma le saludó, como es usanza cuando una persona principal entra en la galera, diciendo: hu, hu, hu, tres veces.

Dióle la mano el general, que con este nombre le llamaremos, que era un principal caballero valenciano: abrazó á Don Quijote, diciéndole:

—Esta día señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida, habiendo visto al señor Don Quijote de la Mancha; tiempo y señal que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor de la andante caballería. Con otras no menos corteses razones le respondió Don Quijote, alegre sobremanera de verse tratar tan á lo señor.

Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentáronse por los bándines; pasóse el cómitre en crujía, y dió señal con el pitó que la chusma hiciese fuera ropa, que se hizo en un instante. Sancho, que vio tanta gente en cueros, quedó pasmado, y más cuando vió hacer tienda con tanta priesa, que á él le pareció que todos los diablos andaban allí trabajando; pero esto todo fueron tortas y pan pintado para lo que ahora dire.

Estaba Sancho sentado sobre el estanterol junto al espaldar de la mano derecha, el cual ya avisado de lo que había de hacer así de Sancho, y levantándole en los brazos, toda la chusma puesta en pie y alerta, comenzando de la derecha banda, le fué dando y voltenado sobre los brazos de la chusma de banco en banco con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos, y sin duda pensó

que los mismos demonios le llevaban, y no pararon con él hasta volverle por la siniestra banda y ponerle en la popa.

Quedó el pobre molido y jadeando y trasudando sin poder imaginar qué fué lo que sucedido le había. Don Quijote, que vió el vuelo sin alas de Sancho, preguntó al general si eran ceremonias aquellas que se usaban con los primeros que entraban en las galeras; porque si acaso lo fuese, él, que no tenía intención de profesar en ellas, no quería hacer semejantes ejercicios, y que votaba á Dios que si alguno llegaba á asirle para voltearle, que le había de sacar el alma á puntillazos; y diciendo esto se levantó en pie y empuñó la espada.

A este instante abatieron tienda, y con grandísimo ruido dejaron caer la entena de alto abajo. Pensó Sancho que el cielo se desencajaba de sus quicios, y venía á dar sobre su cabeza, y agobiándola lleno de miedo la puso entre las piernas.

No las tuvo todas consigo Don Quijote, que también se estremeció y encogió de hombros, y perdió la color del rostro. La chusma izó la entena con la misma priesa y ruido que la había amainado, y todo esto callando como si no tuvieran voz ni aliento. Hizo señal el cómitre que zarpasen el ferro, y saltando en mitad de la crujía con el corbacho ó rebenque, comenzó á mosquear las espaldas de la chusma y á largarse poco á poco á la mar. Cuando Sancho vió á una moverse tantos pies colorados (que tales pensó él que eran los remos), dijo entre sí:

—Estas sí son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. ¿Qué han hecho estos desdichados, que así los azotan? ¿y cómo este hombre solo, que anda por aquí silbando, tiene atrevimiento para azotar á tanta gente? Ahora yo digo, que este es infierno, ó por lo menos el purgatorio. Don Quijote, que vió la atención con que Sancho miraba lo que pasaba, le dijo:

—Ah, Sancho amigo, y con qué brevedad, y cuán á poca costa os podáis: vos si quisierdes desmudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre estos señores, y a alzar con el desencanto de Dulcinea: pues con la miseria y pena de tantos no sentiríades vos mucho la vuestra; y más, que podría ser que el sabio Merlín tomase en cuenta cada azote destes, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habéis de dar. Preguntar quería el general qué azotes eran aquellos, ó qué desencanto de Dulcinea, cuando dijo el marinero:

Señal hace Monjuich de que hay bajel de remos en la costa por la banda del poniente. Esto oído saltó el general en la crujía, y dijo: